

# Editorial

## *Elecciones sin alternabilidad*

Los altos dirigentes de ARENA opinan que deben continuar al frente del Órgano Ejecutivo para concluir la tarea reformista, emprendida hace quince años. Después de tres períodos presidenciales, el país aún no estaría preparado para la alternabilidad en el poder, según su opinión. En consecuencia, consideran su deber prepararlo, para lo cual es indispensable retener el control de dicho Órgano durante cinco años más. De acuerdo a sus declaraciones, este nuevo periodo será un tiempo dedicado a concluir sus planes y, entonces, cuando hayan preparado al país, podrán permitir a otro partido gobernar El Salvador. Así, pues, ARENA se ha convertido en árbitro supremo del país. En las elecciones recién pasadas no sólo demostró los extremos a los cuales está dispuesto a llegar con tal de retener el poder de la Presidencia de la República, sino que también puso en evidencia su naturaleza antidemocrática.

Los altos dirigentes del FMLN, en el otro extremo del espectro político, juzgaron que había llegado la hora del cambio de gobierno para imprimir una nueva dirección a las políticas públicas, en beneficio directo de la gente. Apoyados en su buen desempeño en las elecciones de marzo de 2003, decidieron que el momento para hacerse con el poder del Órgano Ejecutivo había llegado. Juzgaron que ARENA, su adversario principal, estaría derrotado de antemano y, por lo tanto, el triunfo de la izquierda estaba asegurado con independencia de quién fuese el candidato, de su programa de gobierno y de la estrategia electoral. Estaban tan seguros de su triunfo que decidieron reafirmar con fuerza la identidad tradicional del partido. En consecuencia, eligieron como candidato a un prominente representante de su tradición histórica, presentaron un programa de gobierno ambicioso y reafirmaron sus antiguas aspiraciones transformadoras. Sin embargo, la mayor parte de la población no aceptó esos cambios y votó por ARENA.

Esta forma de ver las elecciones de 2004, llevó a los dos partidos grandes, a protagonizar una elección sin reglas. En principio y dada su poderosa ma-

quinaria electoral, esto favorecía a ARENA y, de hecho, así fue; pero el FMLN pudo haber ganado las elecciones, o al menos, pudo haber hecho un mejor papel.

### 1. Una elección sin reglas

El FMLN, no obstante ser un partido legalmente inscrito y reconocido por la institucionalidad estatal, no es apto para gobernar, según la derecha salvadoreña. Esta lo descalifica con el argumento de que estaría dirigido por los comunistas, quienes pretenderían controlar la economía, la sociedad y la política para implantar un régimen comunista. La derecha se considera con autoridad como para decidir qué partidos políticos son aceptables, por encima de la institucionalidad. Para aquella, el FMLN es un partido inaceptable y, por lo tanto, su oferta electoral, su ofrecimiento de respetar la Constitución y sus compromisos institucionales son y siempre serán insuficientes. Porque, para la derecha, el objetivo fundamental del FMLN y, por extensión, de cualquier partido de izquierda, es la implantación de un régimen comunista. El reconocimiento institucional del FMLN como partido político no es suficiente para esta derecha, la cual se coloca por encima de ella para velar por el bien del país. Por lo tanto, impedir la instauración de un régimen como el que el FMLN propondría por cualquier medio, aun ilegal, estaría de sobra justificado.

El FMLN, por su lado, sabe que su legitimidad se deriva de las elecciones y no de la revolución, por lo tanto, se colocó concienzudamente dentro del marco constitucional y de su institucionalidad para impulsar su propuesta de cambio. Aun cuando hubiera ganado las elecciones y tuviera la pretensión de instaurar el tipo de régimen que la derecha le atribuye, no tendría el poder para actuar con plena libertad, puesto que, al igual que el gobierno de ARENA, no controlaría al poder legislativo, ni al judicial y tendría en contra a las empresas mediáticas y su régimen, las cuales le harían una oposición abierta y sin tregua; tendría que modificar la Constitución, pero este cambio no está al alcance del gobernante de turno; cinco años en el Ejecutivo es poco tiempo para emprender una tarea de esa envergadura. Así, pues, la única alternativa sería el golpe de Estado, pero para tener éxito hace falta respaldo interno y externo, hasta ahora inexistente. Un régimen socialista o comunista no se puede implantar sin contar con actores externos como el gobierno estadounidense y los gobiernos regionales, la economía internacional y los organismos multilaterales.

De todas maneras, la derecha no se privó de ningún recurso con tal de impedir el triunfo del FMLN y llegó al extremo de dejar en suspenso la legalidad; de tal manera que el proceso electoral se desarrolló, en la práctica, sin reglas. La derecha y de forma especial ARENA violaron la normativa constitucional y legal. No respetaron los plazos previstos por la ley para iniciar y concluir la campaña, con el pretexto de que no pedían el voto; destruyeron



la propaganda del adversario y agredieron verbal y físicamente a sus militantes, de hecho, ésta ha sido la campaña más violenta desde la de 1993-1994; dañaron el medio ambiente de las ciudades con sus pinturas; invadieron la privacidad de la ciudadanía con llamadas telefónicas para pedir el voto; abusaron de imágenes y símbolos prohibidos; descalificaron de forma indebida al adversario; personas e instituciones privadas tomaron partido a favor de ARENA y en contra del FMLN; pusieron los recursos del Estado al servicio de la campaña de ARENA, incluidas la participación del Presidente de la República, los ministros y los embajadores; obligaron a los empleados públicos a trabajar para el partido de gobierno; a los empleados del sector privado los obligaron a escuchar charlas propagandísticas de ex guerrilleros convertidos en apóstoles del capitalismo neoliberal y de los gobiernos de ARENA; y usurparon el nombre del Instituto Universitario de Opinión Pública de la UCA (IUDOP) para hacer propaganda a favor de su candidato y en contra del FMLN. La mayoría de las empresas mediáticas hizo propaganda a favor de ARENA, la cual disfrazó de información objetiva y veraz, al mismo tiempo que azuzaba la polarización. Algunas de ellas, sin embargo, hicieron llamados simultáneos a la cordura y a la ecuanimidad en sus páginas editoriales.

La campaña desembocó en una elección también sin reglas. Ambos partidos, pero más ARENA que el FMLN, hicieron propaganda dentro y fuera de los centros de votación y desplegaron colores y publicidad partidaria, en su interior; colocaron las urnas de forma inadecuada, lo cual permitió violar el secreto; todavía hubo ciudadanos que no pudieron votar, porque otro lo había hecho en su lugar; los militantes de ARENA provocaron a militantes del FMLN;

pandillas de aquél, uniformadas de negro y armadas con palos, intimidaron a los electores, en particular a los vestidos de rojo; observadores internacionales aseguran haber visto cómo ARENA daba dinero a nicaragüenses y salvadoreños para votar por él y de cómo ARENA dio instrucciones a sus militantes para comportarse de forma agresiva y violenta con los del adversario; en los centros de votación hubo salvadoreños en calidad de observadores; varios observadores de la Organización de Estados Americanos se negaron a cumplir con sus responsabilidades; militantes de otros partidos también indujeron el voto; en algunos centros de votación, la policía sometió a registros denigrantes e innecesarios a la ciudadanía; las autoridades electorales mostraron celo excesivo frente a los militantes del FMLN y tolerancia amplia ante los de ARENA, quienes incluso les dieron órdenes, que acataron de inmediato. En suma, la institución encargada de organizar y supervisar el proceso electoral no se atrevió a imponer la ley y demostró graves deficiencias administrativas.

---

[...] el voto aplastante a favor de ARENA tiene más de rechazo al FMLN que de respaldo. Un voto de rechazo, motivado por el temor, no es un voto libre y, en la medida en que lo sea, no es un voto democrático. Si el gobierno actual cerró el poco espacio que había para la negociación y el consenso, las elecciones recién pasadas parecen haber acabado con el otro elemento esencial del sistema democrático, la elección libre y la alternabilidad en el poder.

---

ARENA reforzó su campaña con el recurso al miedo y al chantaje, los cuales explican, en parte, el voto de rechazo al FMLN. El partido del gobierno se presentó como abanderado de la seguridad a costa de las pandillas juveniles, lo cual le hizo ganar popularidad y revertir el mal desempeño de las elecciones de marzo de 2003. Después amenazó con el deterioro de las relaciones con Estados Unidos, si ganaba el FMLN, lo cual traería como consecuencia la deportación masiva de emigrantes y la suspensión de las remesas. Una amenaza reforzada, de forma oportuna, por altos funcionarios del gobierno estadounidense. Finalmente, advirtió del peligro de la instauración inminente de un régimen dictatorial y comunista al estilo cubano y de la inestabilidad social al estilo venezolano. Los empresarios más grandes reforzaron estas amenazas ante sus empleados, a quienes advirtieron que si el FMLN ganaba, perderían su empleo de forma inmediata. Simultáneamente, ARENA presentó una cara simpática y atractiva, apegada a la ley, a la cual reconoció como oficial. De la otra, tal vez más importante que ésta, no se hizo cargo, pero tampoco la desautorizó.

El fin de esta campaña no fue tanto presentar la oferta electoral de ARENA como descalificar al FMLN. Aquél la planteó como una encrucijada entre la libertad y la esclavitud, la democracia y el comunismo, la paz y el caos. Asoció al FMLN y a su candidato con los males de la guerra pasada y también con los del presente. Le atribuyó la destrucción de la guerra civil y se olvidó que el ejército destruyó poblaciones y cultivos, que asesinó personas inocentes, incluso niños y ancianos, a sangre fría, en las ciudades y en el campo. Pasó por alto las masacres de comienzos de la década de los ochenta. Acusó al candidato de secuestrador confeso, pero desconoció que los militares y algunos de los fundadores de su propio partido participaron en esa actividad con afán de lucro personal. Olvidó que el recinto legislativo fue utilizado para planificar secuestros, desapariciones forzadas y asesinatos. A tal punto, que en un determinado momento, un sector de la misma derecha pidió a los fundadores de ARENA un poco más de control. Paradójicamente, al finalizar el proceso electoral, volvió a insistir en mirar al futuro y olvidar el pasado.

Aun cuando la votación a favor de ARENA haya sido aplastante, no puede considerarse como una elección libre. Fue una votación por la seguridad y el orden —para los grupos poderosos, pero no para la población, en su conjunto—, dos aspectos enfatizados por la campaña de ese partido. Mientras ARENA pueda mantener a la población atemorizada, es probable que retenga esa enorme cantidad de votos. Desde esta perspectiva, el trabajo de ARENA fue muy efectivo, pues convenció a una mayoría grande del riesgo de un régimen comunista, el cual había que evitar con el voto en contra del FMLN. Es cierto que tuvo a su favor el financiamiento de la empresa privada y de los fondos públicos, y la colaboración incondicional de las empresas mediáticas más importantes; pero también es cierto que el FMLN le facilitó la tarea por el tipo de candidato que presentó. Este, por su lado, convencido de su triunfo, en varias ocasiones, desafió a su adversario con poco sentido político. ARENA entendió bien cómo utilizar esa vulnerabilidad y se empeñó a fondo en ello. Así consiguió una votación masiva, nunca vista hasta ahora la cual, *a posteriori*, exhibe como fuente incuestionable de legitimidad; sin embargo, ese partido no debe perder de vista que mucha gente votó de una manera no libre. Es más, ARENA no sería un partido de su agrado; pero tuvo miedo a que ganara el FMLN. Pensó que había demasiado en juego como para arriesgarse.

El FMLN también violó las reglas de la institucionalidad electoral, aunque en menor medida. Al igual que ARENA, comenzó la campaña antes del plazo legal y con idéntico pretexto, destruyó propaganda del adversario, lo provocó y lo atacó, etc., tanto que las cúpulas de ambos partidos firmaron varios pactos de no-agresión e incluso uno por medio del cual se comprometieron a respetar los resultados de las elecciones. En una sociedad democrática, esta clase de acuerdos es innecesaria. Sorprendentemente, el FMLN también recurrió al miedo. Inculcó el miedo a un nuevo gobierno de ARENA, sobre todo en la fase final de la campaña. Si el FMLN hubiera contado con

los recursos de ARENA, su campaña hubiera sido muy similar a la de este partido, pero de signo contrario. La pauta la marcó ARENA, pero el FMLN no pudo resistir la tentación de seguirla o no tuvo la habilidad suficiente para modificar esa dinámica.

La práctica electoral de los dos partidos es contraria a su discurso. ARENA se presenta como el defensor de la democracia, mientras que el FMLN no cesó de subrayar su apego a la legalidad constitucional. Sin embargo, ambos violaron las reglas que dicen respetar, aunque en grado diverso. Esas reglas establecen que el FMLN es un candidato legítimo para asumir la dirección del Órgano Ejecutivo, que la decisión es de la ciudadanía, la cual debe elegir sin presión, ni amenaza, que la alternabilidad es un elemento fundamental, que a los elegidos se les debe permitir ocupar el cargo para el cual han sido electos, ejercer el poder, de acuerdo a los límites constitucionales, y concluir el periodo para el cual fueron electos. Pero la derecha salvadoreña es inconsecuente con su propio discurso de defensa de los principios democráticos. En 1992, aceptó someterse a las reglas de la democracia y competir por el control del gobierno con el FMLN, la principal fuerza de la oposición. Este, por su lado, para ser aceptado en el sistema político, debió convertirse en un partido legal y disponerse también a competir, en las urnas, por el poder, de acuerdo a unas reglas establecidas. La disputa por este último, ya no se dirime en el campo militar, sino en el democrático.

Los sectores más recalcitrantes de la derecha fingieron desconocer esas normas o pensaron que estaba justificado pasar por encima de ellas, en las elecciones.



nes recién pasadas. Pero, para los efectos prácticos, dio lo mismo, porque violentaron las reglas que, en su discurso, aseguran defender como lo más sagrado. Esta conducta, hasta cierto punto, es normal, pues en el mercado, también actúan de manera incongruente. Cuando aquél no favorece sus intereses, recurren a prácticas desleales y al monopolio, e incluso hacen intervenir al Estado a su favor, con lo cual anula lo que predicán en su discurso sobre la libertad de mercado. Pero no por eso dejan de anunciar la libertad económica, la competencia libre, el libre mercado y el rechazo a la intervención estatal. La derecha, tan a favor de la democracia y sus reglas, en el discurso, de hecho, vive de las excepciones. Desconocer la universalidad de la ley, según la conveniencia de los grupos de poder, es sembrar la inestabilidad y abrir la puerta a la ingobernabilidad.

Ninguna circunstancia justifica la violación de la Constitución y la ley. El derecho, con sus reglas, es la fuente de la seguridad jurídica. Esas reglas establecen las conductas permitidas a los políticos y a la ciudadanía. Si las normas se han vuelto obsoletas, deben ser modificadas, pero siempre para fortalecer el bien común y nunca para satisfacer intereses particulares. En este año de transición hacia el próximo periodo electoral —puesto que al cabo del mismo, el país entrará en un nuevo periodo electoral— hay tiempo suficiente para revisar y modificar la legislación electoral vigente. La descalificación que la derecha hizo del FMLN, a partir de sus referentes socialistas y comunistas, es prejuiciada y muestra su ignorancia teórica e histórica. Ha habido partidos con referentes similares a los del FMLN que se han integrado al régimen democrático e incluso lo han fortalecido. La derecha salvadoreña desconoce la experiencia europea —el movimiento comunista italiano posterior a la segunda guerra mundial— y la latinoamericana —la chilena después de la dictadura militar y la brasilera del Partido de los Trabajadores. No todos los partidos socialistas y comunistas se caracterizan por la oposición al mercado, a la libertad y a la democracia. Argumentar que, por definición, los comunistas pretenden establecer un control total es un argumento pobre. Aparte que el mercado tiende a ser tan totalitario como el régimen comunista, que la derecha salvadoreña rechaza de forma tan visceral. Paradójicamente, la razón que movió a la derecha a violentar el régimen democrático, en las elecciones recién pasadas, fue la razón de mercado.

En las urnas, pesó más el temor al desorden y a las desgracias que sobrevendrían si el FMLN llegaba al Órgano Ejecutivo, que sus promesas de cambio. A no ser que se compruebe lo contrario, el voto aplastante a favor de ARENA tiene más de rechazo al FMLN que de respaldo. Un voto de rechazo, motivado por el temor, no es un voto libre y, en la medida en que lo sea, no es un voto democrático. Si el gobierno actual cerró el poco espacio que había para la negociación y el consenso, las elecciones recién pasadas parecen haber acabado con el otro elemento esencial del sistema democrático, la elección libre y la alternabilidad en el poder. Los engaños, las trampas y las jugarretas

de las cuales ARENA echó mano, tienen sin cuidado a este partido, con tal de retener, a su disposición, el enorme poder discrecional de la Presidencia de la República, un instrumento imprescindible para continuar privilegiando al gran capital. El balance final favoreció a ARENA, pero debilitó, o, al menos no contribuyó a fortalecer, la institucionalidad del país.

## 2. Una elección que el FMLN pudo ganar

La población mostró un interés sorprendente en la contienda electoral y votó más del 60 por ciento. Sin embargo, su interés no iba en la línea del cambio. La hora del cambio no ha llegado todavía a El Salvador. Hay mucha necesidad de él y la mayoría de la población lo desea, pero, por lo que a ella respecta, este no era el momento oportuno y, ciertamente, no de la mano del FMLN actual, aun cuando su carta de presentación, era, justo, el cambio. En el momento de decidir, hubo desconfianza y temor al futuro prometido, además de las presiones, ya mencionadas arriba. En estas circunstancias, la elección no gozó de libertad democrática. De todas maneras, fue una elección que el FMLN pudo haber ganado, o al menos, en la cual pudo haber hecho un mejor papel. La cuestión que se plantea, entonces, es por qué este partido no fue aceptado por la mayoría de la población y por qué ésta incluso votó en contra suya, puesto que una porción importante del voto a favor de ARENA fue un voto de rechazo al FMLN. La respuesta a estas cuestiones se encuentra en factores externos al partido, pero también en factores internos. La dirigencia del FMLN sólo reconoce los primeros —la violación de las reglas, el chantaje y el miedo, los cuales ya fueron tratados, en la sección anterior—, para librar a su ex candidato de todo reproche o crítica.

El FMLN no pudo construir una candidatura competitiva, ni tampoco pudo presentar un plan de gobierno orientado al cambio, que no suscitara más incertidumbre de la usual, en estos casos, cuando la alternabilidad en la Presidencia de la República es una posibilidad real. En su oportunidad, varias voces se levantaron para advertir sobre las debilidades del candidato, pues presentaba más flancos y puntos vulnerables de los deseables. Su figura histórica facilitó traer a cuenta el pasado del FMLN, pero reinterpretado por ARENA, el gobierno y la mayoría de las empresas mediáticas, como un argumento más para descalificarlo. Así, la guerra civil y sus males fueron presentados como responsabilidad única del FMLN, de cuya dirigencia el candidato presidencial formaba parte. Esta fue la versión que predominó al final, sin que valieran los desmentidos, aparte de que éstos fueron pocos y muy tímidos. Por consiguiente, la responsabilidad de la debacle electoral del FMLN la comparten el candidato, su dirigencia y sus mandos, los cuales optaron por aceptar y guardar silencio, ante la imposición de la cúpula. El FMLN facilitó, más de lo usual, la labor de ARENA y no estuvo a la altura de los desafíos de la campaña opositora, la cual, de antemano, se sabía que sería sucia y que contaría con fondos prácticamente ilimitados y con el apoyo incondicional de las grandes

empresas mediáticas. Evadir la responsabilidad ahora, echando en cara al partido de gobierno la suciedad de su campaña electoral no es de todo apropiado, porque el FMLN aceptó las reglas impuestas por ARENA, convencido de que el triunfo era suyo.

El proceso electoral sacó a relucir, una vez más, la superficialidad de la reconciliación, tan alabada por el gobierno salvadoreño y por los otros gobiernos y por diversos organismos internacionales. El uso que ARENA hizo de la guerra civil y su impacto en la ciudadanía, muestran lo poco reconciliada que se encuentra la sociedad salvadoreña, después de la transición de 1992. ARENA y su gobierno, los primeros en reclamar la necesidad de olvidar el pasado, han sido también los primeros en traerlo a cuenta como uno de los argumentos de más peso por los cuales había que rechazar al FMLN y a sus candidatos. La relectura del pasado, hecha por ARENA y sus aliados, se concentró en la parte atribuible al FMLN que, por cierto, es la menor, y se olvidó de manera interesada de la parte de la cual ellos son responsables. Se olvidaron de los escuadrones de la muerte, de los secuestradores allegados a los fundadores del partido, de las ejecuciones sumarias, de las desapariciones forzosas, de las torturas, de los atentados, de las masacres, de la tierra arrasada, etc. La lista de señalamientos es larga, pero se la tragan sin empacho ante un FMLN incapaz de reaccionar de manera convincente y eficaz. No se puede argumentar con la violencia de la guerra sin que cada uno de los protagonistas se haga cargo de lo que le corresponde. Así, los que dicen estar completamente dedicados al futuro, tuvieron que recurrir al pasado como recurso eficaz, pero releído desde la coyuntura electoral, para evadir las cuestiones trascendentales, que El Salvador enfrentará, en el futuro inmediato.

En consonancia con la extrema polarización de la realidad salvadoreña, los dos partidos grandes apostaron fuerte por ella. Tal vez ni siquiera fueron muy conscientes de esta decisión, porque, para ellos, la polarización es la norma de la vida política nacional. Los grandes temas nacionales e internacionales dividen de manera aparentemente insalvable a la sociedad salvadoreña. En efecto, la última encuesta preelectoral del Instituto Universitario de Opinión Pública revela una sociedad muy polarizada, en sus opiniones sobre el país, el gobierno, las elecciones y el futuro. La polarización es evidente entre quienes dicen que el país va mejor y quienes sostienen que va peor, entre los que opinan que la gestión gubernamental es beneficiosa y quienes aseguran lo contrario, entre los que están a favor de cambiar gobierno y los que prefieren continuar con el mismo, entre quienes piensan que un nuevo gobierno de ARENA hará a los ricos más ricos y a los pobres más pobres y los que son de la opinión contraria, entre quienes están convencidos que ARENA privatizará la salud y la educación y quienes están seguros que no lo hará, entre quienes opinan que la empresa privada no dejaría gobernar al FMLN y los que piensan que esto no representa ningún problema, entre quienes afirman que el FMLN haría del país otra Cuba y quienes lo niegan, y entre quienes dicen que votarán

por una “mano superdura” con la delincuencia y aquellos que lo harán por una educación y salud gratuitas.

Al optar por la polarización, tanto ARENA como el FMLN redujeron el abanico de opciones a sólo dos, con lo cual hicieron otra contribución a la no alternabilidad. Inexplicablemente, el FMLN, en lugar de tomar distancia de este esquema tan poco democrático —y, además, favorable a su contrincante principal—, le siguió el juego a ARENA. Al final, no pudo desequilibrar a su favor el virtual empate de juicios y opiniones. Estos dos bloques enfrentados y bastante parejos, no sólo evitaron una votación contraria a ARENA, sino que, además, contribuyeron eficazmente a cultivar el temor a lo que sucedería, si el bloque contrario, a favor del cambio o de la continuidad, ganaba las elecciones. La polarización extrema que, con frecuencia, desembocó en incidentes callejeros violentos, los cuales dejaron varios lesionados y muertos, también desvió la atención de los desafíos que enfrentará el próximo gobierno, cualquiera que sea su tendencia. En la práctica, los candidatos no debatieron sus ideas para enfrentar dichos desafíos, lo cual favoreció mucho a ARENA, el menos interesado en hablar de ellos. La seguridad a costa de las maras y la relectura del pasado y del presente le ayudaron a evadir las espinosas cuestiones económicas y sociales, su punto más débil. Una cuestión que la derecha salvadoreña ha evadido siempre. Y la seguirá evadiendo, aun cuando sus asesores internacionales le hayan advertido que no podrá hacerlo durante mucho tiempo más. No es probable que recoja este sano consejo, aun cuando con ello ponga en peligro sus ilusiones acerca de los beneficios del tratado de libre comercio con Estados Unidos. Es una cuestión que no enfrentará, mientras la gente siga dándole su confianza y su voto. ARENA está en el poder, y continuará en él durante cinco años más, porque la ciudadanía ha votado por este partido. Al final, esto es lo que cuenta, puesto que su objetivo era impedir la alternabilidad, en el Ejecutivo.

---

El mensaje de la población es claro: cambio sí, pero no el que ofrece este FMLN. Aparte del temor y la coacción inducidas, persiste una desconfianza que no ha sido superada.

En consecuencia, las críticas también hay que dirigirlas al partido y a su dirigencia, y no sólo al adversario.

---

El FMLN se equivocó al interpretar la cantidad de votos recibida, en marzo de 2003 —y corre el peligro de volverse a equivocar en la lectura que hace de las de marzo de 2004. En marzo del año pasado, su dirigencia concluyó que tenía asegurada la elección presidencial. Ahora, corre el peligro de caer en otro error similar, al interpretar los más de 800 mil votos recibidos como un voto sólido, sin prestar atención al voto de rechazo a ARENA,

y no tanto a su favor, que pueda haber contribuido a abultar ese resultado. Este voto sería la otra cara del que ARENA recibió, en mayor cantidad. El rechazo a ARENA se expresó en el voto a favor del FMLN y el rechazo al candidato de este último, en el voto a favor de ARENA, con lo cual las otras dos opciones fueron, de hecho, sacadas de la contienda. Los dos partidos grandes atrajeron a aquellos a quienes no les agrada su contrario. Muchos de los que votaron por uno u otro, lo hicieron por aquel que juzgaron ser el menor de dos males. Es decir, votaron por aquel que consideraron el mal menor en contra del mayor.

Es indudable que la lucha no ha concluido con las elecciones presidenciales recién pasadas, pero para tener éxito electoral, el FMLN debe reflexionar sobre lo ocurrido y evitar nuevos pasos en falso. Al negarse a evaluar el proceso electoral en su afán por proteger a su ex candidato y a la dirigencia actual de la crítica interna, comete un error grave. Las razones aducidas para no pedir cuentas son varias, pero ninguna es de peso. Argumentar con el crecimiento del caudal de votos experimentado, ciertamente, impresionante, tiene el grave peligro de la autocomplacencia. Atribuir la derrota a las jugarretas de ARENA y a la participación, sin duda, determinante, de las empresas mediáticas, es una valoración insatisfactoria, por incompleta; aparte que él también jugó sin reglas, en la medida de sus posibilidades. Aceptar este argumento, equivaldría a suponer que el FMLN sería un partido destinado a poner el contrapunto en la política nacional, pero que no estaría destinado a ganar una elección presidencial, dado que sus adversarios volverían a actuar de manera similar, en las próximas elecciones. El FMLN debió asumir que enfrentaría al gran capital y a su régimen mediático y, por lo tanto, que se encontraba, desde el inicio, en franca desventaja. Su candidato y su campaña aumentaron esa desventaja. Por eso, no es válido argumentar ahora que la competencia fue sucia; aun cuando ésta hubiera sido legal y respetuosa de la institucionalidad, habría sido muy desigual. La fuerza del FMLN se encuentra en el apoyo popular masivo, el cual, hasta ahora, se le ha escapado. En las elecciones pasadas, el FMLN estaba obligado a dar lo mejor de sí mismo para remontar esa desventaja. Es muy discutible que haya dado de sí todo lo que cabe esperar de él. Esta es una cuestión que el partido debe plantearse con objetividad, en todos sus niveles y sin delegar la responsabilidad del análisis y la decisión en su dirigencia.

La gente desea cambiar y mejorar, pero no está dispuesta a arriesgar el orden actual, por muy insatisfactorio que éste sea, pero en el cual ha aprendido a moverse, en la precariedad e inseguridad permanentes, por otro orden desconocido, que no le ofrecía mayor seguridad y que, con toda probabilidad, le supondría sacrificios y renunciaciones. Pese a sus esfuerzos por dar a conocer su plan de gobierno, de sus visitas a domicilio y de su propaganda, el FMLN no es un partido de confianza para la mayoría de la población como para entregarle la dirección del Órgano Ejecutivo. La dirigencia del FMLN no debe llevarse a engaño. No pudo convencer a este electorado de que él era

la mejor opción. La encuesta del IUDOP muestra que más de la mitad de la población opina que no está preparado para gobernar. Es cierto que su votación se duplicó con creces, pero su adversario creció aún más, así como también creció la votación total. El FMLN dio a su campaña un tono muy clasista y popular, pero las masas fueron las que menos votaron por él; en cambio, ARENA, el partido del gran capital, se presentó como el partido de todos y las masas se identificaron con él.

Llamar al pueblo salvadoreño que no votó por el FMLN, ignorante, estúpido y cobarde, no es más que un desahogo inútil y una expresión de impotencia. Lo mismo diría la derecha, si el resultado hubiera sido el contrario. El FMLN debe preguntarse cómo es posible que el crecimiento de su caudal de votos durante una década todavía no le haya dado el triunfo de una elección presidencial, por qué su adversario es más convincente que él, por qué no ha podido contrarrestar la coacción y el temor que aquél infunde en la ciudadanía. No es acaso el FMLN el partido de la gente y del cambio. Entonces, por qué aquella no se vuelca y le da su voto masivamente. El FMLN está ante un dilema que, en sus diez años de vida política institucional, todavía no ha podido resolver. En teoría, es el partido del pueblo salvadoreño empobrecido, pero las clases medias son las que más votan por él y las clases populares son las que menos lo hacen.

El mensaje de la población es claro: cambio sí, pero no el que ofrece este FMLN. Aparte del temor y la coacción inducidas, persiste una desconfianza que no ha sido superada. En consecuencia, las críticas también hay que dirigir las al partido y a su dirigencia, y no sólo al adversario. Es evidente que con la estrategia usada hasta ahora, el FMLN no va a llegar muy lejos, al menos mientras el temor y la coacción sean eficaces para mover a la ciudadanía, en su contra. La militancia del FMLN debiera analizar con cuidado lo ocurrido y pedir responsabilidades a quien realmente las tiene. Responder a la crisis abierta por las elecciones con formalidades estatutarias y disciplinarias y, peor aún, con cacera de descontentos y disidentes, es cerrarse a la realidad. No se trata tanto de reemplazar dirigentes, una medida que debiera ser consecuencia lógica de una revisión general a fondo de la política partidaria y del planteamiento estratégico para este año de transición electoral. Así, pues, el FMLN enfrenta un enorme desafío. Está en juego su futuro político y corre el riesgo de convertirse en una agrupación muy radical, pero aislada. El FMLN no debe olvidar que ARENA, su adversario histórico, también planificará el rumbo de este año de transición. El futuro de ambos partidos depende, paradójicamente, de lo que ambos hagan.

El FMLN tiene una enorme responsabilidad, puesto que es referente vital para muchas personas. De acuerdo a la cantidad de votos acumulada, en la elección recién pasada, ahora son más que antes. Para la mayoría de estas personas, el FMLN es un referente de cambio y de esperanza. Pero son más



las personas que desean cambios sociales, pero que, en esta ocasión, no confiaron en él. El revés electoral causó conmoción entre militantes y simpatizantes del FMLN. Muchos se sintieron desengañados y frustrados, e incluso profundamente desilusionados. Estas percepciones generalizadas, entre sus seguidores, debieran cuestionar al partido y debieran ser interpretadas por su dirigencia como un llamado de atención para asumir la responsabilidad adquirida al presentarse como el partido de la gente, del cambio y de la esperanza. Esta responsabilidad debiera ser suficiente razón para deponer las actitudes caudillistas. Un partido que se dice de la gente, debiera escuchar a la gente y ser sensible a su dolor, debiera darle cuentas de sus actos y planificar para y con esa misma gente. Esta es una buena ocasión para que el FMLN demuestre ante la sociedad que tiene capacidad para administrar una crisis y madurez para enfrentar un fracaso electoral importante, para reconocer sus errores y para persistir en la defensa del bien de la gente.

### 3. La razón de mercado sustituye a la razón democrática

La derecha de ARENA tiene una poderosa razón para rechazar la alternabilidad en el Órgano Ejecutivo y para hacer a un lado las reglas democráticas básicas. Esa razón es la razón de mercado, la cual, según advierte con gran acierto José Sánchez Parga, ha sustituido a la antigua razón de Estado. No obstante, ambas operan de la misma manera, es decir, son razones que se imponen sobre cualquier otra realidad, porque se consideran valores absolutos. Tanto en una como en otra, el fin justifica los medios. Antes el fin fue el Estado, ahora es el mercado, el cual está por encima de cualquier otra consideración, incluida la democrática. El mercado, al igual que el Estado, en su momento, relativiza y somete los medios empleados para conseguir y conservar su hegemonía sobre la sociedad, el Estado e incluso las personas. Por eso, cuando la derecha habla de defender la libertad, no se refiere a la libertad en sentido amplio, tal como la expresa la Declaración Universal de los Derechos Humanos, sino a la libertad de mercado. El propósito de su defensa es la hege-

monía total del mercado, en todos los ámbitos de la vida social e individual. El mercado es así el nuevo absoluto. Tanto como para anular las reglas e impedir que la ciudadanía vote por un candidato, percibido como amenaza real e inmediata, para dicha hegemonía.

El criterio fundamental de la acción es la ganancia privada. Este valor objetivo es preferido a los valores humanos, pues éstos no pueden ser medidos, ni cuantificados en dinero, el común denominador del mercado. Este sólo acepta la rentabilidad, medida en dinero. Los derechos y las libertades del empresario y del consumidor, el que tiene dinero para invertir y comprar, valen mucho más que los derechos y las libertades del ciudadano y son esas libertades las que la derecha defiende hasta el extremo de la ilegalidad y la violencia. Al hacer del mercado un valor absoluto, la economía y la política, incluida la democracia, y toda realidad humana, son consideradas desde su perspectiva.

Las reformas de los gobiernos de ARENA se orientaron, desde el comienzo, a eliminar los obstáculos que impedían la hegemonía del mercado. Por eso, debilitaron el Estado hasta el punto de inutilizar su institucionalidad. A este proceso lo llamaron adelgazamiento, volver más pequeño el Estado, es decir, neutralizarlo para que, en su lugar, predominase el mercado. Privatizaron la propiedad estatal para dar una oportunidad más de revalorización al capital. Adoptaron el dólar como moneda para facilitar la expansión del mercado financiero con menoscabo de la economía real. Últimamente, promueven los tratados de libre comercio con la misma intención. El empleo que estas actividades puedan generar es una mera consecuencia, pues aquél nunca ha sido buscado como una prioridad. La mercantilización de la sociedad redujo la eficacia de las instituciones políticas, las cuales ya no pueden controlar, ni dominar a las fuerzas económicas, y se llevó por delante las estructuras comunales y sociales y con ellas los valores cívicos y políticos, religiosos y morales. Ninguno de estos valores puede impedir o poner en peligro la actividad mercantil, incluida una elección democrática, que pudiera llevar a la Presidencia de la República a un candidato y a un partido como el FMLN con planes para controlarla, aun cuando se proponga hacerlo desde la Constitución. Esta última no representa mayor cosa, puesto que también es concebida como un instrumento al servicio del mercado, la razón suprema. La razón de mercado no prescinde de la Constitución por cierto pudor que aún le queda a la derecha salvadoreña, pero, en la práctica, sólo la considera cuando le conviene.

La libertad que ARENA colocó en el centro de su discurso electoral y, su contraria, la opresión, que parece haber movilizó a una cantidad considerable de electores, es la libertad de cualquier coacción, límite o intervención de la actividad mercantil. La cuestión no es, pues, la libertad de la población, ni la amenaza de una presunta opresión que un régimen dictatorial de corte socialista o comunista pudiera ejercer sobre ella, sino la libertad del mercado. Esa libertad comprende al individuo y llega hasta el extremo de prescindir de

sus vínculos o relaciones —familiar, comunal, social, moral o de cualquier otro tipo—, que lo puedan someter o sujetar a algo que no sea su voluntad de comprar y vender. Esta libertad, contrario a lo que parece pensar la derecha, disuelve las estructuras sociales, comunitarias y familiares tradicionales y también prescinde de la ley y la moral, que son vistas como obstáculos a una libertad que aspira a ser absoluta. A costa de ellas se levanta el mercado con su individualismo, en extremo egoísta, y con su libertinaje exacerbado, cuya ambición por ganar dinero no conoce límites.

La razón de mercado ha creado su propia cultura, por lo tanto va más allá de lo electoral y abarca casi toda la realidad humana y social de una forma absorbente e incluso totalitaria. En esta cultura, la realidad humana se reduce a intercambio y el intercambio adquiere realidad humana. Es así como toda realidad humana tiende a ser objeto de compra y venta, y es tratada a la manera empresarial; pero, por el otro lado, el mercado se vuelve sensible y las bolsas padecen de nerviosismo y entusiasmo, tienen expectativas o pasan por frenesíes. La empresa privada, bajo la formalidad de “la compañía”, erigida en patrón de la buena administración, es el modelo ideal que toda organización o institución debe imitar. El ciudadano desaparece ante el individuo libre de toda vinculación social y comunitaria, que se regula a sí mismo, sin mayor consideración por la legalidad o la moralidad. El ideario ciudadano y los códigos éticos son obstáculos para el individuo libre del mercado. De esta manera, las relaciones humanas y políticas, las normas y los valores quedan sometidas al interés exclusivo del individuo, que compra y vende, según su interés. La cuestión del bien común o general la resuelve de manera simple y ya conocida. Este bien sería el resultado de la suma de los bienestar y intereses individuales de los protagonistas del mercado.

---

Los derechos y las libertades del empresario y del consumidor, el que tiene dinero para invertir y comprar, valen mucho más que los derechos y las libertades del ciudadano y son esas libertades las que la derecha defiende hasta el extremo de la ilegalidad y la violencia.

---

Esta nueva cultura todo lo vende y todo lo compara, y reduce toda relación a una oferta y una demanda. Su perfección está en universalizar este modelo. De ahí que las barreras que se lo impiden deban ser franqueadas, en nombre del óptimo económico, su bien absoluto, es decir, la ganancia. Por eso exige e impone, de ahí su naturaleza totalitaria, el predominio creciente de lo privado sobre lo público y una fe total en sus fundamentos teóricos, en realidad, unos cuantos axiomas, que no tienen demostración empírica. El pensamiento con el cual intenta justificarse y legitimarse es simple, simplista y simplificador. Pretende poseer la respuesta y el sentido de toda realidad humana. Como sus axiomas no resisten un análisis serio, no tolera ninguna

otra forma de pensar y se presenta como pensamiento único —una contradicción— para el cual no existe otro modelo de sociedad, ni de realidad pensable, ni posible. En la actualidad, no son pocos los convencidos de que la sociedad de mercado es la obra más perfecta de la humanidad e incluso, para algunos, su culminación.

No es difícil demostrar, sin embargo, la irracionalidad con la que intenta justificar la desigualdad y la exclusión; en la práctica, es un modelo de sociedad de alto riesgo y amenazada por inseguridades. No puede ser de otra manera, cuando la sociedad está dirigida por quienes tienen mucho que ganar y poco que perder, y cuya víctima es la población, que tiene poco que ganar y mucho que perder. Este orden sólo puede ser conservado por un Estado policial, cuya misión es proteger a los primeros y reprimir a la mayoría. Así, en la sociedad de mercado, los beneficios de los riesgos asumidos y los daños sufridos por quienes viven en la inseguridad constante también se distribuyen de manera muy desigual. “El país seguro” del cuarto gobierno de ARENA es una promesa para los que deciden; para los demás, la mayoría, no habrá país seguro con tal orden. La libertad por la que ARENA pidió votar con tanta insistencia permitirá que los que tienen mucho que ganar y poco perder, los encargados de repartir los beneficios y las pérdidas de manera desigual, sigan gobernando, durante otros cinco años. Muchos de los que tienen poco que ganar y mucho que perder están convencidos que ésta es su mejor opción para ser libres. Piensan que, en una sociedad de mercado, es más seguro colocarse del lado de quienes saben cómo ganar, aun cuando esas ganancias sean distribuidas de manera muy desigual y a ellos les reserven sólo las migajas. Aun así, algunos se atreven a justificar que la política económica de ARENA pone un rostro humano al capitalismo neoliberal salvadoreño.

La conservación de este orden es lo que llevó a ARENA, a su gobierno y a las empresas mediáticas a hacer todo aquello que estuvo a su alcance para impedir el triunfo del FMLN. Su alternativa era el orden actual o el comunismo. Pero ésta es una alternativa falsa, porque la libertad que ARENA defendió no es otra que la del mercado y su razón no es la del bien común, ni siquiera la del Estado liberal, sino también la del mercado. Se trata de una libertad reservada sólo a unos pocos empresarios exitosos y el bien común que promete es el de los protagonistas del mercado. Quienes se encuentran al margen, simplemente, no cuentan. Es como si no existieran. La tarea primordial del gobierno de ARENA es garantizarle a dichos protagonistas que puedan realizar sus transacciones sin ningún estorbo, lo cual incluye la seguridad frente a la mayoría excluida y amenazante. La promesa de “un país seguro” incluye, no obstante, una ampliación, aún no precisada, de los servicios públicos para intentar reducir ese peligro, el cual se cierne de forma perenne y cada vez más amenazante sobre el designio capitalista y, si esto no fuera eficaz, tiene muy bien entrenada a la Policía Nacional Civil para reprimir a los descontentos.

La alternativa será un problema mientras el capital se encuentre tan altamente concentrado en los sectores comercial y financiero, con menoscabo de la economía real productiva, la industria y el agro. Si en realidad, el mercado funcionara, es decir, si hubiera competencia real, sin duda, habría varios grupos económicos con intereses diversos, con lo cual la alternativa en la dirección del Órgano Ejecutivo sería posible. Pero para eso, la distribución de la riqueza tendría que ser bastante más amplia. Mientras el capital comercial y financiero dominan la actividad económica y, en virtud de ello, la vida nacional, esa alternativa será casi imposible. Es más, el futuro no es nada halagüeño, dado que el proyecto de la derecha es convertir al país en una enorme plaza financiera, con lo cual la concentración actual se mantendrá o aumentará, es decir, habrá menos posibilidades para el ejercicio democrático. Si hubiera competencia, las posibilidades estarían más repartidas, pero el afán de rentabilidad y de lucro es tan destructivo que acaba por anular la libertad del mercado, lo cual es una contradicción más de las muchas que plagan a este pensamiento neoliberal. La derecha salvadoreña ha demostrado ser reacia a la eficiencia del mercado. Coarta la libertad de su "mano invisible", cuando ésta reparte de manera contraria a sus intereses, para lo cual el control del Órgano Ejecutivo le es crucial, por su inmenso poder discrecional. Es definitiva, retiene ese control para dirigir el mercado.

La confianza de la población en un partido como el FMLN debe ser muy sólida para superar el temor y la coacción, y para, pese a ellas, decidirse por el cambio. La situación actual es similar a la de la insurrección popular con la que el FMLN soñó durante toda la guerra civil. Su sueño nunca se hizo realidad. La población, aun en contra de la dictadura militar y sus excesos, nunca optó por la insurrección popular. No se atrevió a dar este paso, porque sabía que si el levantamiento fracasaba, sobre ella iba a caer la represión. Nunca vio en el FMLN la fortaleza y la solidez militar que le aseguraran el triunfo como para arriesgarlo todo. Muchos años después, la población sigue sin decidirse por el cambio, por una razón similar. No encuentra un FMLN que le suscite confianza como para arriesgar un cambio de gobierno. Ahora como entonces, sabe que si el proyecto del cambio propuesto por el FMLN fracasa, ella tendrá que acarrearse con lo peor de las consecuencias.

En estas condiciones, la población prefiere esperar. Sin embargo, cuando los empleados públicos y privados exijan su derecho a votar con libertad y pierdan el miedo a sus empleadores, cuando la población pobre y marginada relacione su situación desesperada con el partido de gobierno y vea con claridad que la izquierda es la solución para sus problemas más graves, cuando las clases populares se atrevan a desatar la furia del capital y voten por aquella oposición que promueva el cambio al cual aspiran, cuando la población se libere de la opresión a la que la tiene sometida el régimen mediático, entonces, estarán dadas las condiciones para la rebelión en las urnas. Pero para eso falta mucho, hay que hacer un trabajo que aún no se ha llevado a cabo.

San Salvador, 28 de abril de 2004.